COPLAS y RIPIOS

CON DERECHO A COCINA

(a mi amiga Rafela Aparicio)

Cuando hacíamos teatro,
al final de los cuarenta,
dirigidos por Tamayo
y con su "Lope de vega",
aparte de Carlos Lemos
—¡maestro, de la remenda!—
y don Alfonso Muñoz,
gran actor que creó escuela,
con dos primeras actrices:
~~la dulce~~ una rubia alta morena,
la dulce Mariucha Gresmo
y la de hoy mi compañera.
Éramos muchachos jóvenes
con un hambre de habichuelas,
comparable con el ansia
de estar en las carteleras,
cuando entró como un ciclón
la entrañable Rafaela...
Sí, Rafaela Aparicio,
con su hijo casi de teta
y una hija morena, Pinchi
que era bonita y muy buena
ella cuidaba a su hermanito
que hoy trabaja para Iberia

→

2

El niño era la mascota,
Rafaela la sorpresa
pues aunque fuera muy breve
el "papel" que hacer debiera,
ella siempre se inventaba:
su vestido, una cojera
para ~~enriquecer~~ su parte
y que al final, la aplaudieran
Además, en su baúl
lleno de cosas secretas
tenía las más ~~raras cosas~~ increíbles
que Tamayo le pudiera:
Desde copias, delantales
sombreros de flores frescas
castañuelas y collares
¡y hasta una falda escocesa!
En vestir un personaje
con ella no había problema.

Y como al ser principiantes
los ~~pobres~~ chiros ~~de~~ en esa época,
ganábamos muy poquito
no Tamayo Rostchild* era,
Rafaela Aparicio tuvo
una magnífica idea.
Tomaríamos las pensiones
las más baratas que ~~pudieran~~ hubieran
con "derecho a la cocina"
y ella hacía de cocinera.
Se levantaba temprano
iba al mercado, ~~y~~ la tienda

3/

Compraba y luego quitaba
la gorbanps o lentejas..
"Moraitos" nos poníamos
aquella ~~entr~~ "familia" hambrienta:
ella nos decía "Sus hijos"
y ella nuestra "madre" era.
~~Pero resulta que~~ Uno de ellos
Avelino
— que ahora no hay dios que lo vea —
se enamoró con la Ponchi
y ahí empezó la diferencia....
~~Que~~ Rafaela, quizá
por aquello de ser suegra
al repartir la comida,
alrededor de la mesa
a quien ~~iba~~ iba a ser su yerno
le echaba más de la cuenta
y en un día que por cierto,
hizo una rica paella,
mi avaricia o apetito,
me hizo innoble frente a ella,
pues le grité ¡¡¿por qué el plato
de Avelino más lo llena?
y ella, con esa sonrisa
de su bondad malagueña
solo me dijo: "¡ay, hambrón!
ten un poco de paciencia!"
y me echó otro cucharón....
¡Mi querida Rafaela!